

El sistema educativo y la lucha contra la pobreza y la exclusión

Manuel Cruz Rodríguez

Catedrático de Filosofía Contemporánea en la Universidad de Barcelona

Portavoz de la Comisión de Educación del Congreso por el PSOE

Salón de actos CIFP Hostelería y Turismo. Gijón, 2 diciembre de 2016

Como creo que ya se ha dicho, también soy filósofo y eso no se quita de ninguna manera, se ponga uno como se ponga; y lo que caracteriza al filósofo es, me atrevería a decir, la posesión de una determinada mirada sobre lo que hay, reparar en determinados aspectos. Y, por tanto, esa mirada, inevitablemente también estará presente en mi exposición. Yo no voy a hacer una exposición técnica, más que nada porque no la puedo hacer, no soy competente para hacerlo, no voy a hablar de políticas prácticas determinadas, sino que voy a intentar hacer una reflexión acerca del desemboque en la cuestión que nos reúne aquí hoy, la educación, pero que, de alguna manera, intente colocar esa cuestión de la educación en un marco más global.

El otro día estaba conversando –se publicó la conversación– con un par de colegas, con Daniel Innerarity y César Rendueles, sobre esta cuestión de qué espera la gente de los filósofos. Y comentábamos que, a lo mejor, lo que la gente espera es esa capacidad que se les atribuye, más que a los filósofos, a la Filosofía de dibujar mapas. Es decir, de ser capaz de inscribir lo más inmediato, lo más concreto, lo más particular en un marco de sentido un poco más global. Esa es la expectativa que se suele tener de los filósofos o respecto de la Filosofía. No tanto que el filósofo vea cosas que no ven los demás –yo alguna vez he dicho que el filósofo no es el hombre que tenía rayos X en los ojos–. El filósofo no ve cosas que se les escapan a los demás, sino que el filósofo repara, se fija, en cuestiones que, estando a la vista de todos, suelen pasar desapercibidas.

Entonces, ¿qué tipo de reflexión les propongo yo? Una reflexión que parta de una premisa muy general, una pregunta casi clásica: ¿Cómo hemos venido a parar aquí? ¿Qué ha pasado para que estemos en la situación en la que estamos? Y alguien podría contestar: ¿Y cómo estamos? ¿Qué define para usted la situación actual? ¿Qué define para usted el mundo actual, la realidad actual? Es muy difícil, en un sólo trazo, caracterizar tanto. Hablar de la realidad o el mundo es hablar de una referencia absolutamente inabarcable. Pero aún así, vamos a intentarlo.

Cuando hablamos del mundo, pensamos básicamente en la sociedad y ¿qué es lo que define el mundo, o a nuestro mundo? Yo creo que hay un rasgo que sí que es un rasgo muy característico de nuestro presente, y es el hecho de que, en cierto modo, la lógica que domina, que predomina, en prácticamente todas las dimensiones de lo real, es una lógica relacionada con lo económico. Y esto es algo muy característico de nuestro presente. Entonces la pregunta podría ser: ¿Esto, efectivamente, siempre ha sido así? Cuando en el siglo pasado, en el siglo XX, se reflexionaba sobre la sociedad y sobre el mundo, ¿cómo se veía el mundo? Si nosotros pensamos en autores clásicos, de la Sociología o de la Filosofía Social del siglo XX, como Max Weber, por ejemplo, ellos tenían una concepción de la sociedad que se podría dibujar de la siguiente manera: existen como esferas en la sociedad, ámbitos de la actividad diferenciados: la esfera de lo económico, la esfera de lo político, la esfera de lo educativo, la esfera de lo religioso, la esfera de lo artístico, etc. De alguna manera, cada una de estas esferas tenían su propia lógica. Para pensar todas esas esferas podíamos decir que había una macroesfera, una especie de placenta global que las abarcaba a todas y que, de alguna manera, era la política. La política era la gran bolsa en cuyo interior había esas esferas. Bueno, a lo mejor esto les parece como muy abstracto, como muy metafísico, incluso muy abstruso, pero piensen, por ejemplo, en algo que decía en este país un político hace, pues no sé, cuarenta y pico de años. Decía un político de este país: “cuando nosotros lleguemos al gobierno, a este país no lo va a reconocer ni la madre aque lo parió”. Bueno, fíjense en esa frase. Podemos volver más atrás. Cuando todavía estábamos en el régimen anterior era muy normal que la gente utilizara aquella expresión de “cuando dé la vuelta la tortilla”. Y, se daba por descontado que, cuando diera la vuelta la tortilla, es decir, cuando hubiera un cambio político, toda la sociedad, en todos los aspectos, cambiaría. Viviríamos de otra manera. Nos parecía obvio que un cambio de régimen político significaría la transformación de todo nuestro mundo, en todas las esferas. Es muy curioso, si ustedes hacen una comparación y piensan en lo que ocurre hoy y piensan en el lenguaje de los políticos, a ningún político, del signo que sea, se le ocurriría hoy ya hablar así; más bien al contrario, el lenguaje de los políticos, incluso en campaña electoral, no es ya ese lenguaje de máximos. Más bien al revés, es un lenguaje de mínimos. El lenguaje que utilizan los políticos es más bien de: “bueno, haremos lo que podamos, tenemos una deudas, tenemos unos compromisos con Europa, tenemos unos acreedores”. Es un lenguaje, tremendamente posibilista pero, en todo caso, ya se renuncia por completo a la idea de que desde la política se pueda transformar todo. Ese lenguaje, el supuesto que tenía era el que yo les decía, que la política era la placenta mayor en la que todo se incluía.

Este punto de vista empezó a cambiar en un momento determinado. Empieza a cambiar, yo creo que en los años 70. Empieza a cambiar y, por ejemplo, un filósofo alemán, Jurgen Habermas, ya decía, a principios de los 80 que “las utopías han emigrado del mundo del trabajo al mundo de la vida”, venía a decir que la

transformación de lo social se ha puesto muy complicada. Pero, a lo mejor, todavía son posibles utopías privadas. Es decir, la idea de que la política era la gran palanca o la gran placenta desde la cual se podía transformar todo empieza a disolverse. En su lugar ocupa su espacio la economía y hoy hablamos en esos términos: la lógica de lo económico es una lógica que se encuentra en todas las esferas. Podemos preguntarnos por qué ha pasado esto. Y tendríamos que hacer una referencia, aunque fuera muy rápida, a eso que ustedes saben y que decía Hobsbaun, el historiador. El historiador Hobsbaun hablaba –la expresión creo que tampoco era suya– “del corto siglo XX”. El siglo XX va del año 17, la revolución rusa, al año 89, el hundimiento de la Unión Soviética. Es, en definitiva un siglo de 75 años en el que llega a su esplendor y se hunde el más ambicioso y poderoso proyecto emancipador de la Historia. Eso se salda, finalmente con un fracaso, por el hundimiento del socialismo real.

¿Qué significa el hundimiento del socialismo real? El hundimiento del socialismo real significa, por utilizar la expresión, yo creo que afortunada, que utilizó un político de este país, que el capitalismo se queda sólo. Y es ese quedarse sólo del capitalismo el que nos explica que la lógica económica sea ya una lógica que ahora afecta a todas las esferas. Si quieren lo digo de otra manera: se ha perdido ya la autonomía de las otras esferas. Todas las actividades de nuestra vida las pensamos en la misma clave, es más, solemos utilizar el mismo lenguaje. El lenguaje de la competitividad, pongamos por caso, el lenguaje del rendimiento, el lenguaje del beneficio es un lenguaje que utilizamos para muchos ámbitos diferentes, no solamente para la esfera del trabajo, o para la esfera económica. La lógica del capitalismo que ya se da en todos los ámbitos. No es como antes, que se daba por descontado que ciertas lógicas, como la competitividad, etc. dominaban en ciertas esferas, pero había otras esferas a salvo. Ese era un poco el planteamiento tradicional. Si quieren se podría representar con una imagen: hace años se veía, en las grandes ciudades como Barcelona, gente que, cuando salía a la calle, se presignaba. Parece una imagen muy potente, es decir, salgo de un ámbito de confort, un ámbito a salvo, para entendernos, y ahora es la lucha por la vida. El supuesto es sí, en el mundo exterior hay lucha, hay competitividad, hay todo eso, pero en la esfera privada, en la esfera íntima estamos a salvo. Bueno, lo que hoy estoy diciendo es que esas esferas que se salvan podrían ser varias, a lo mejor la educación. Lo que estoy intentando decir es que esa lógica, económica del capitalismo, afecta a todas las esferas de la vida. No hay ninguna que se salve, ni siquiera la más íntima. Hay un novelista francés que tuvo un cierto éxito, se llama Michel Houellebecq, cuya primera novela tenía un título que se correspondía con una frase del interior de la novela: Ampliación del campo de batalla. Para expresar esta idea, decía el autor: “hasta ahora, el campo de batalla, la lucha por la vida, para entendernos, se daba en el mundo social, pero las relaciones personales estaban al margen, las relaciones afectivas, las relaciones sociales estaban al margen. Ahora, dice Houellebecq, el campo de batalla se ha ampliado y todo se rige por la misma lógica. Y las novelas de Houellebecq se demoran mucho en esto, en cómo las relaciones personales en el mundo de hoy, también se han contaminado.

Entonces este es, probablemente, el escenario en el que estamos obligados a pensar. Este es el escenario del nuevo siglo, del siglo que empieza en el año 90 para entendernos. El siglo en el que, en efecto, el capitalismo es hegemónico y su lógica se impone en todos los ámbitos, y el fracaso de un proyecto emancipatorio. Podríamos preguntarnos: ¿Y ha dejado algún rasgo positivo esa derrota? Esto que les estoy comentando es un comentario absolutamente derrotista. Yo creo que sí. Yo creo que hay un saldo positivo doble. Por un lado la democracia se ha convertido en un valor unánimemente compartido por todas las fuerzas políticas y, por otro lado, el estado de bienestar es una construcción que, en Europa fundamentalmente, se considera como un valor que hay que defender con uñas y dientes. Estos dos elementos, la democracia y el estado de bienestar, antes, en el siglo XX, no eran valorados por la izquierda de la misma manera. La cultura de izquierdas durante mucho tiempo, cuando hablaba de la democracia, lo hacía con un cierto desdén y siempre se acompañaba de algún adjetivo: democracia formal, democracia parlamentaria, no era un valor unánimemente aceptado por toda la izquierda, tal como es hoy. Curiosamente se ha producido una cierta inversión: hoy es la izquierda y cuanto más a la izquierda está la izquierda más reivindica la democracia. Sobre el estado de bienestar también habría que recordar que esa misma izquierda, en el siglo XX, defendía que el estado de bienestar era un invento para frenar el avance del ideal socialista y que, frente al atractivo que podría tener un ideal de transformación de la sociedad, de los medios de producción en manos de los trabajadores, ofrecía el asistencialismo colectivo. Es muy curioso como, políticamente, nos hemos ido destrozando.

Pero el caso es que estamos aquí. Y lo cierto es que, tanto la democracia, que no es el asunto que nos convoca hoy, como el estado del bienestar es algo unánimemente aceptado. ¿Qué es lo que ocurre cuando

comienza este siglo XXI? ¿Qué es lo que ocurre cuando entramos en el nuevo milenio? Que tiene lugar la crisis económica. Y la crisis económica significa que los Estados ven descender de una forma brutal sus ingresos, su recaudación, etc. y eso va a repercutir directamente, inmediatamente, en la calidad del estado del bienestar. Obviamente, no se me escapa, la gestión de esta caída de los impuestos no se va a hacer de la misma manera según estemos hablando de gobiernos progresistas o gobiernos conservadores, es cierto. Pero no es menos cierto que ese descenso de la recaudación va a repercutir inmediatamente en la calidad del estado de bienestar. Y eso provoca un efecto porque, ¿cuáles son los sectores más necesitados del estado de bienestar, de las prestaciones que ofrece el estado de bienestar? Obviamente los sectores populares. Entonces estamos en este momento en esa tesitura. Por un lado un estado de bienestar que ha visto reducidas sus prestaciones de manera notable en todos los ámbitos, también en el ámbito educativo y, por otra parte, un efecto muy importante, extremadamente importante: el crecimiento de la desigualdad. Es decir, no se trata solamente de que el estado de bienestar se haya devaluado, por así decirlo, sino que lo que hace la situación más sangrante es que esa devaluación se ha producido en el mismo momento en que sectores sociales caían en situaciones de extrema dureza que es lo que está ocurriendo en este momento y que tiene que ver con lo que estábamos hablando.

En este momento aparece el término pobreza, está presente el término pobreza. Se están produciendo, entre nosotros, situaciones de alguna manera inéditas. Lo podemos concretar en esa figura que casi parece un oxímoron: la figura del trabajador pobre. Esa expresión, hasta hace poco tiempo, es una expresión que no utilizábamos. Dábamos por descontado que cuando alguien se incorporaba al mundo del trabajo, precisamente lo que había abandonado era la pobreza, la exclusión en cualquiera de sus formas; ahora no, ahora damos por descontado que se puede ser trabajador y pobre al mismo tiempo. Eso tiene que ver con lo que les decía, el capitalismo se ha quedado sólo, el capitalismo ha ido imponiendo su lógica y, en contra de lo que dicen algunos, el crecimiento de las desigualdades es imparable y probablemente se esté consolidando algo que algunos autores ya habían hablado: la sociedad de los tres tercios. Un tercio, el más bajo, casi condenado a la exclusión. Probablemente, de ese tercio condenado a la exclusión podamos hacer muchos matices, probablemente todavía nuestras formas de plantearnos las cosas están atrapadas en viejos conceptos. Los que tenemos cierta edad hemos aprendido a identificar pobreza con mendicidad. Quiero decir que esta situación admite ciertos grados, pero, en términos genéricos podríamos hablar de ella en términos de pobreza. Esa pobreza, tal vez vamos a un tercio de la población en esas condiciones, hoy la tenemos que pensar de otra manera, dándonos cuenta de las diversas situaciones que se pueden producir. Algunas de esas situaciones venían anunciadas; no olvidemos que el estado de bienestar es fundamentalmente un invento europeo. En Estados Unidos algunas de las cosas que estamos viendo aquí ya estaban enunciadas. Yo recuerdo que en los años 80, en Nueva York, se publicó en una magnífica revista un dossier muy interesante sobre los jóvenes, algo que me llamó mucho la atención. Hablaba sobre los jóvenes a tiempo parcial y comentaba: hay mucha gente en la ciudad de Nueva York que tiene trabajos precarios y que, de alguna manera, hasta el 15 de cada mes tienen un poco de dinero para pagarse una habitación en un hotelucho de mala muerte. Cuando llegan al 15 de cada mes, se quedan sin dinero y se van a esos callejones que hemos visto todos en las películas a dormir. Y esa era una situación que ya se daba. Igual que ya se daba la situación de sectores sociales, gente mayor, ya en edad de estar jubilado, que tiene que tener dos y tres trabajos para sobrevivir. Ese es el escenario al que vamos. Pero vamos a un escenario caracterizado por un estado del bienestar extremadamente debilitado o cada vez más debilitado.

Entonces, es en este contexto en el que hay que plantear la cuestión: ¿Y qué pasa con la educación? ¿Qué pasa con la escuela? ¿Cuál es la función que debe cumplir? Claro, yo creo que estamos en un momento en que ese es un tema que, en cierto modo, nos desborda o nos apremia, porque, por un lado, las escuelas son un escenario privilegiado en el que poder aplicar determinadas políticas, política asistenciales, por ejemplo los desayunos para los niños, ese tipo de cosas... Lula, cuando planteó sus políticas contra la desnutrición infantil, como ustedes saben, básicamente lo gestionaba a través de las escuelas, era un lugar privilegiado para hacer esto. Eso es cierto, pero por otro lado no debemos olvidar una dimensión propiamente política del asunto. Es verdad que nosotros podemos, por así decirlo, servirnos de las escuelas, como terminales, a través de la cuáles aplicar determinadas políticas. Pero creo que eso no nos debe hacer olvidar otra cosa y es que ¿En qué medida la educación puede ser todavía un instrumento de transformación social? ¿En qué medida, a través de la escuela, a través de la educación, podemos confiar en que se pongan en marcha mecanismos redistributivos? Y yo creo que el corto plazo que sería utilizar el espacio de la escuela para determinadas políticas, casi de urgencia –la desnutrición infantil...etc., etc.– no debería hacer que perdiéramos de vista la otra dimensión que es la posibilidad de que, si realmente confiamos, la educación pueda cumplir esa función.

¿Por qué digo esto? Porque esto último no quiero que se abandone. Porque tiene que ver con lo que comentaba al principio: la lógica economicista ha llegado también a la educación. Ustedes se han dado cuenta de la cantidad de responsables educativos autonómicos o nacionales que, cuando hablan de la educación, de la Universidad por ejemplo, parece que sólo les preocupe la adecuación del universitario en el mercado de trabajo; como si todo el proceso educativo no fuera otra cosa que una formidable FP que tiene que preparar a la gente para su lugar en el mercado de trabajo. Eso no podemos aceptarlo como obvio. Digamos que la educación de los jóvenes no es solamente su preparación para el mercado de trabajo. Es perversa esa disyuntiva. Es decir: ¿Usted qué quiere, una especie de educación recreativa donde se les enseñe a los niños cosas que luego no les sirven de nada? No, perdone, —y ahí es donde sale el filósofo— ¿Por qué damos por descontado que sólo sirve lo que sirve en el mercado de trabajo? ¿No hay más utilidad que la del mercado de trabajo? ¿No hay otra cosa que el mercado de trabajo? ¿La vida es sólo mercado de trabajo? ¿La vida es puro rendimiento económico? ¿Qué es educar? ¿Sólo preparar para el mercado de trabajo? Pero fíjense ustedes las categorías que con mucha frecuencia utilizan las autoridades educativas: la competencia, la competitividad, ese tipo de cosas y me parece que en este punto no podemos polemizar. Se impone una reflexión a propósito de qué esperamos de la educación. ¿Qué esperamos en el plano más a largo plazo y en el plano más a corto plazo? ¿De qué se trata cuando alguien como un profesor o una profesora se pone delante de unos estudiantes? ¿Qué está en juego en esa situación? Se pone en juego, por supuesto, la transmisión del saber, pero ¿sólo la transmisión del saber o hay más cosas en juego? Eso que llamamos educar ¿es sólo transmitir información o es más cosas? Y si es más cosas, ¿qué más cosas son? Esa es una reflexión que nos tenemos que plantear. Pero no pierdo de vista lo que decía al principio y los nos tenemos que plantear porque tenemos que plantear en qué sociedad estamos viviendo, en qué sociedad queremos vivir, y sobre todo cómo queremos vivir en esa sociedad y cómo queremos que vivan los más jóvenes en esa sociedad.

Y ahí entramos en la función de la educación. Yo no soy un triunfalista que piense que la Filosofía es absolutamente maravillosa, que la Filosofía nos convierte en una especie de supermanes críticos, no, no soy triunfalista en absoluto. Pero creo que es importante que a los chicos y a las chicas se les proporcionen instrumentos para que puedan pensar por su cuenta. Para que puedan ser críticos, y ser críticos, ¡jojo! no significa sólo rechazar lo que hay, no necesariamente. Antes en la presentación hacía referencia, hacía referencia a esta cosa del gallego impenitente. Yo alguna vez lo he comentado, se dice muchas veces esto de que “el filósofo es aquel que se pregunta el porqué de las cosas” Miren, yo creo que el filósofo no es el único que se pregunta el porqué de las cosas, el científico se pregunta el porqué de las cosas. Yo creo que lo característico del filósofo, la pregunta característica del filósofo no es por qué sino: ¿seguro?, ¿está seguro? Es una pregunta socrática, obviamente socrática. Es decir, frente a las ideas dominantes el filósofo se pregunta ¿es tan claro como lo dices? ¿es tan claro como lo ves? Lo cual significa aplicado a nuestro mundo ¿Es seguro que lo mejor es ser el número uno? ¿Estás seguro de que lo mejor es triunfar? ¿Estás seguro de que esto es así? ¿Estás seguro de que lo mejor es acumular una fortuna? Yo, ni entro ni salgo, ¿estás seguro de que es así? Esta es una sociedad en la que, por ejemplo, se da por descontado que acumular una fortuna es algo absolutamente normal y deseable y lógico y a veces leemos en un periódico que un señor ha acumulado una fortuna que le permitiría vivir a él toda su vida y a diez generaciones después de él: hijos, nietos, biznietos... ¿Esto no es una locura? ¿Cómo puede ser que nos parezca un valor acumular fortunas, amasar fortunas, que a todos nos parezca bien? ¿Nos hemos vuelto todos locos? ¿Nadie se ha parado a decir: seguro que eso es lo deseable? ¿Seguro que es bueno que todos funcionemos con este ideal? Tenemos que cuestionar este esquema, hemos de cuestionar este esquema. Es necesario tomar distancia con este modo de pensar y ver qué modelo educativo queremos para qué sociedad. Esto es fundamental. Si no nos planteamos esto, si no nos planteamos el horizonte último de hacia dónde queremos tender, qué queremos cambiar, o bien qué queremos corregir, si no nos planteamos esto no podremos dar pasos a cada momento, y podemos hablar de las cosas más inmediatas, de las cosas más prácticas, de las políticas educativas, las políticas de ayudas, las políticas de becas. Eso es fundamental, ¿en qué modelo de sociedad estamos pensando? Cuando hablamos de becas ¿cómo funcionamos? ¿a quién se se tiene que dar una beca? Hay mucha gente que ha asumido un discurso: a los que valen, los que valen que tengan una beca. Pero este discurso puede ser un discurso absolutamente conservador en el sentido de decir: un chico de una familia humilde, si es un superdotado, se le ayuda para que pueda... ¿Y quien no es un superdotado qué hacemos con él? ¿Sólo se le da si es un superdotado? Es decir, fíjense cuántas veces se desliza en los diarios, en las declaraciones de políticos, etc. un modelo de sociedad en el que, por así decirlo, los estamentos no se cuestionan. Se dan por descontados y se dice, bueno, hay un pequeño ascensor social y a unos poquitos, los mejores, a esos los

dejamos subir, pero unos poquitos, ojo, no me monte usted un montacargas y que se desplace mucha gente arriba y abajo. Si pero es momento de cuestionarnos si esa estamentación nos parece adecuada y de eso tenemos que hablar. Y las políticas educativas tienen que servir también para eso.

La igualdad de oportunidades significa que ese niño o esa niña que parte de más atrás o que está en una familia que no tiene medios, que no tiene cultura, que no le pueden ayudar a hacer los deberes, que en su casa no ven un libro, que en su casa no escuchan una conversación etc., etc., que vive en un hándicap permanente; y ese niño no es un superdotado ¿y qué? ¿Si no es un superdotado nadie le va a ayudar? ¿Qué políticas son estas? Lo que hemos de hacer es ayudar, precisamente, no para que llegue, sino para que se pueda mantener, porque va a estar en un hándicap permanente. Por eso, por cierto, cuando se plantea eso, a mi juicio con una cierta ligereza, el asunto de los deberes, es muy fácil decir: que se quiten los deberes. Sí, pero el niño o la niña que está en un contexto familiar digamos, más o menos acomodado, en un entorno cultural, etc., etc., como por ósmosis sigue recibiendo estímulos, hay tareas extraescolares difusas de las que ese niño se está beneficiando mientras que el niño o la niña que pertenece a una familia que no tiene todo eso a su alrededor pues no se va a beneficiar de nada; llegará a su casa y si hay alguien en su casa pues a lo mejor hay puesta alguna cadena de televisión con programas basura, etc., etc. No recibirá ningún estímulo. Hemos de introducir esto en nuestro discurso. Pero introducir esto en nuestro discurso significa, lo que les decía al principio, intentar tener ese mapa mental, ese mapa de conjunto de dónde estamos y qué tipo de transformaciones se han producido.

Intento no perder el hilo de lo que les comentaba, pero eso, en este momento, es muy complicado porque también la lógica del beneficio, la lógica económica, ha llegado al discurso de la educación y todos hemos asumido esto: la competitividad, el beneficio, la lucha por la vida en definitiva. Es más, cuando en estos días se planteaba el asunto de las reválidas, etc, yo recuerdo haber leído algún artículo de algún analista conservador que le reprochaba a la izquierda su batalla contra las reválidas con el argumento de decir, no, lo que tienen que hacer los niños es acostumbrarse a esto, porque el mundo es así, porque esto es la lucha por la vida, entonces, que se acostumbren a eso; que se acostumbren a que pueden ser examinados en cualquier momento y que a lo mejor la reválida es injusta, bueno ¿y qué? También la sociedad es injusta. Entonces lo que tenían que hacer, según ese analista, es un modelo educativo que anticipe a la perfección la sociedad en la que el niño se va a encontrar. Es decir, preparar a los niños para ese mundo. No prepararlo para que lo puedan cambiar, sino para que se acomoden a ese mundo, para que sean funcionales a ese mundo y, por tanto, para que no se cuestionen ese mundo, para que en ningún momento digan: ¿seguro? Para que no se hagan jamás esa pregunta. Yo creo que la perspectiva que hemos de intentar tener es una perspectiva lo mas – como decía una vez ese gran filósofo argentino que se llama Jorge Valdano– hablando, creo que de Maradona, decía: “la mirada en gran angular, Maradona levantó la mirada en gran angular...”. Nosotros hemos de intentar tener esa mirada en gran angular. Mirar la educación en su conjunto en la sociedad en su conjunto, no enredarnos en los detalles, porque los detalles muchas veces nos hacen perder la perspectiva. Y por eso al principio les proponía: pensemos cómo hemos venido a parar aquí, pensemos de dónde venimos, pensemos las respuestas que hemos dado y pensemos lo que podemos hacer de cara al futuro.

Se han producido transformaciones... Esto no va a ser fácil por muchas razones, pero hay una muy importante que la comentábamos antes: se están produciendo en nuestro mundo, a gran velocidad, transformaciones de todo tipo que ponen muy cuesta arriba la comprensión, entender lo que pasa. Algunas cosas han cambiado radicalmente. La generación anterior que nos toca todavía enseñar, hemos de ser conscientes de las dificultades, ser conscientes de cómo las cosas están cambiando. Un ejemplo nada más, pero un ejemplo, creo, muy inquietante: creo que fue en 2011, se produjeron en París y creo que luego hubo un efecto contagio también, hubo manifestaciones del mismo signo en Lisboa y en alguna otra ciudad europea, manifestaciones de jóvenes estudiantes y el eslogan, la consigna que gritaban era: “queremos vivir como nuestros padres”. Deberíamos retener ese tipo de cosas. Porque ¿eso qué significa? Significa que estamos viviendo un momento de inflexión histórica que no es fácil de entender. Por primera vez en no sé cuanto, probablemente en toda la modernidad, una generación va a vivir peor que la generación anterior. Es decir, la idea de progreso con la que todos contábamos, que dábamos por descontado, ha saltado por los aires. El progreso ya no está garantizado. En absoluto está garantizado. El progreso, el ir hacia mejor se ha puesto muy cuesta arriba, pero, sobre todo, se ha demostrado que no depende de una especie de ley inexorable sino que, si puede haber progreso, será como resultado de nuestra acción, será como resultado de nuestra intervención y por eso es urgente que nos planteemos qué tipo de intervención queremos tener, en este caso, a través de la educación. Nada garantiza que las cosas vayan a ir a mejor. No me estoy poniendo

catastrofista, ni abuelo cebolleta, ni alguna cosa pero no, no se trata de eso. Lo que yo les estoy diciendo es que si no hay nada inexorable por lo que vayamos a mejorar, tampoco hay nada inexorable por lo que vayamos a peor. Iremos a una cosa u otra en función de lo que seamos capaces de hacer. Tenemos que ser conscientes de que el escenario en el que estamos, en este caso en el que intervenimos como docentes, es un escenario, en gran medida, inédito por una parte, y por otra parte, de una enorme volatilidad. Piensen ustedes, yo les he dicho antes, el siglo XX a lo mejor termina en el 89. En el 89 un señor de origen japonés llamado Fukuyama hablaba del final de la Historia. ¿Quién habla hoy del final de la Historia? ¿A quién se le ocurre hoy hablar del final de la Historia? En año 89 parecía claro, parecía que había terminado ya, no había más, capitalismo para los restos. Y ahora estamos en una situación de gran volatilidad, de una enorme volatilidad. Nadie es capaz de anticipar qué va a pasar en el futuro. Me refiero: qué va a pasar inexorablemente. Por tanto, no tiene ningún sentido, como a lo mejor en otro momento tenía, tomar la actitud de estar “a verlas venir”. Ahora tiene más sentido que nunca intentar intervenir el sistema, tiene más sentido que nunca; lo que pasa es que esa intervención sólo será posible si, efectivamente, primero, entendemos bien lo que nos pasa y, segundo, tenemos más o menos claro en qué sentido queremos transformar lo que nos pasa. Algo de esto les he querido comentar pero creo que lo mejor sería que, a partir de ahora abriéramos el diálogo.